

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sofonías 2, 3; - 3, 12-13): *Buscad al Señor los humildes de la tierra.*

Salmo (145, 7.8-9a.9bc-10): *«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 26-31): *Cristo Jesús, se ha hecho para nosotros santificación y redención.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Alegraos y regocijaos, vuestra recompensa será grande.*

En los primeros capítulos de su evangelio, Mateo nos ha hecho un resumen inicial de las actividades de Jesús, diciéndonos que recorría Galilea enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y sanando al pueblo de toda clase de enfermedades y dolencias: “*Enseñanza, proclamación y sanación*”. El resultado de eso fue la extensión de su fama y la consiguiente multitud que lo seguía. Ahora nos invita a subir con Jesús al monte para escuchar sus primeras palabras dirigidas a la muchedumbre y, especialmente, a sus discípulos. En esta escena, Jesús ya no está recorriendo los pueblos ni enseñando en las sinagogas. Ahora está al aire libre, en un monte, como un nuevo Moisés, y ahí nos va a proclamar las grandes líneas de su mensaje.

La muchedumbre lo rodea, sus discípulos se acercan y ojalá también nosotros encontremos un sitio y el tiempo necesario para sentarnos a sus pies y no dejar que se nos escape ni una sola de sus palabras. El eco de la predicación del Bautista: «*Conviértanse*», que Jesús ha hecho suya, nos podría hacer pensar que lo que sigue será una serie de enseñanzas sobre el comportamiento adecuado para los discípulos del Reino.

Tiempo atrás, los profetas habían hecho notar al pueblo de Israel que se había perdido en las minucias de la Ley, dejando pasar lo que constituye su núcleo: “*el encuentro con Dios, la justicia entre todos ellos y la sencillez de vida*”. Solo un resto fiel, “*un puñado de gente pobre y humilde*”, como lo llama Sofonías, atiende a lo esencial «*Busquen al Señor... busquen la justicia... busquen la humildad*». Ese es el camino para una vida tranquila y sin molestias, añade el profeta.

Pero Jesús va aún más lejos que Sofonías y los demás profetas. No se trata tan solo de buscar la tranquilidad y la ausencia de molestias. Sino de encontrar la verdadera felicidad, la dicha que nadie puede arrebatarse. Él anuncia una Buena Nueva, el Evangelio, y para que veamos que de veras es algo bueno nos invita a escuchar a quiénes son los bienaventurados, los felices, los dichosos en el Reino de Dios.

Si Sofonías había mencionado a ese resto formado por gente pobre y humilde, Pablo dirá, tiempo después, a los de Corinto: “*Entre ustedes, no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, según los criterios humanos*”. No sois felices por lo que sois o por lo que poseéis. Ni sois grandes ni tenéis grandes cosas: «*Nadie puede presumir delante de Dios*». La verdadera dicha, por lo tanto, no llega con el poder, los conocimientos, la fuerza, la riqueza, la fama, la apariencia, ni nada semejante.

La vida buena, la felicidad, el sentido, la plenitud, la relación, la apertura y la convivencia, la libertad, la paz, la justicia, el sustento. Todo esto, y más, lo recibimos de Dios Padre, de su Amor entregado, sin ningún límite, a todos y cada uno de sus hijos. Porque somos hijos de Dios. Él nos ha escogido, desde el seno materno, y para siempre, aunque andemos perdidos por el camino. Él nos ha elegido y nos hace servidores en el camino de la vida. Servidores en camino.

En todo momento la Palabra de Dios es significativa para la vida. Es la Luz de Dios que ilumina nuestro caminar. Siempre cumple su misión sin caer en el vacío. Nos fijamos en las bienaventuranzas que es el programa que Jesús presenta para ser acogido y vivido por sus discípulos, es decir, por todos nosotros. Felices y dichosos es la promesa del Padre. Felices si nos atrevemos a vivir así, como Él quiere: pobres, sufridos, buscando el bien y la justicia, trabajando por la paz, aunque nos persigan por su causa (la vida digna de todos). No acogiéndolos “*valores*” del mundo, sino viviendo y haciendo nuestras estas grandezas. Claro que nos tira más la grandeza humana, el reconocimiento de los demás, la apariencia y el vivir encerrados en nosotros mismos. Pero ahí, lo dice Jesús, no está la felicidad de la vida.

Lo que Dios Padre nos ofrece es su deseo de felicidad, de vida para cada hijo. Dios nos ha elegido, nos hace suyos, y quiere nuestra apertura, acogida y respuesta. No en el dominio, ni en el destacar, sino en el servicio a los demás. Grandeza en la sencillez, que por algo somos en Cristo Jesús sabiduría y justicia. Para gloriarnos solo en Jesús, el Hermano. Qué bien lo dice Pablo: no hay entre vosotros muchos grandes en lo humano... porque Dios escoge lo sencillo, lo que no cuenta, para humillar a los sabios. Gran lección, para que la hagamos realidad.

Estamos llamados y destinados a hacer realidad en la vida el deseo de Dios. Esa es nuestra misión. Y es la misión de la Iglesia. Buscar al Señor y hacer Pueblo y Comunidad humilde, donde todos tengan sitio y sean queridos y reconocidos. Nunca nadie nos va a dar más. Repasemos el salmo que hoy hemos recitado, porque Este es nuestro Padre: hace justicia, da pan, liberta a los cautivos, abre los ojos del ciego, endereza a los que se doblan, ama a los justos, guarda a los peregrinos, reina eternamente. ¿A qué esperamos?